

DEMÉLAS, Marie-Danielle. *La invención política: Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX*. Traducción de Edgardo Rivera Martínez. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos e Instituto de Estudios Peruanos, 2003, 653 pp.

Si algo llama la atención dentro de la historiografía peruana, es la persistencia por hacer de 1821 —año de la proclamación de la independencia del Perú— una suerte de *año cero* de la historia política de nuestro país, y, de tal fecha, una falla geológica en nuestra historia. Así, y de un modo similar al de la historiografía francesa sobre la Revolución de 1789, todo el periodo anterior ha sido dispuesto ordenadamente en función de la independencia que debía llegar. Este esquema es a todas luces insatisfactorio, y desde 1980 algunas investigaciones habían tratado de llamar la atención hacia lo que parecía obvio, que la sincronía de las independencias hispanoamericanas no se produjo por obra del azar, sino por una circunstancia peculiar: la coyuntura de las Cortes de Cádiz, que se abre desde 1808 hasta 1814, y que marca un punto de no retorno en la relación entre la metrópoli y las colonias americanas.

*La invención política* es la pulcra traducción del libro publicado originalmente en francés en 1992. Al momento de su aparición, la autora era ya una reconocida latinoamericanista y había colaborado estrechamente con el desaparecido François-Xavier Guerra en lo que ahora conocemos como «nueva historia política». La propuesta de esta visión —y que se aprecia en el libro que ahora comentamos— buscaba centrar la discusión en el hecho de que las independencias latinoamericanas no se habrían podido realizar sin la transformación cultural que sufrió el continente americano a fines del siglo XVIII, algo que también ha sido constatado para las revoluciones francesa, mexicana y rusa. Así, la independencia no fue un hecho consumado en los campos de batalla, sino una lucha constante por imponer el nuevo lenguaje y cosmovisión del fundamento liberal, fundamento que estaba más cercano al Antiguo Régimen de lo que podemos suponer, como lo ha señalado Antonio Annino.

El libro está dividido en dos partes. La primera («La seducción moderna. Los Andes en vísperas de la Independencia») analiza de manera detenida el impacto de las Cortes de Cádiz en la sociedad andina así como la insurgencia que se desató a consecuencia de la Constitución de 1812. La segunda parte («El compromiso. La adopción de la modernidad política») estudia el proceso que siguió al impacto de las nuevas ideas de soberanía en América. Asistimos, entonces, a una serie de esfuerzos por parte del Estado para transformar una legitimidad sostenida en la persona del rey a una que se base en un compromiso entre aquel y la ciudadanía. Acompañan al texto una serie de fotografías, cuadros, gráficos y mapas que facilitan su comprensión. Asimismo, la obra se sostiene en la *longue durée* y cubre siglo y medio desde la década de 1770 hasta 1930, hecho que solo ha sido posible por la consulta de los archivos nacionales de los países estudiados, documentación proveniente de repositorios de Madrid y París, y una extensa relación de folletería y prensa. Sin embargo, el haber mantenido una estructura similar a la de una tesis conspira contra una lectura fluida del texto, más aún cuando se nos presenta como una narración de las transformaciones de los Andes en más de un siglo y medio. Tampoco se ha incluido el glosario, aunque esta omisión es comprensible, dado que se trata de términos familiares al lector hispanoamericano.

Una de las interrogantes más recurrentes entre los investigadores ha sido rastrear la presencia del liberalismo en esta región, al punto que nos encontramos frente a un panorama peculiar: por un lado, América Latina estuvo a la vanguardia del liberalismo durante las primeras décadas del siglo XIX, mientras Europa se cerraba alrededor de las monarquías ultra-conservadoras. Por otro lado, este liberalismo se ha convertido en un paradigma instaurado por las elites del siglo XIX, el que todavía sigue presente al momento de acercarnos al pasado de la región. En este sentido, el propósito del libro es poco menos que titánico: rastrear la adopción del liberalismo y de la modernidad en los Andes. Adopción, imposición o simple indiferencia: cualesquiera que hayan sido los procesos que siguieron las

naciones andinas en el siglo XIX, lo cierto es que terminaron alterando las estructuras sociales que habían pervivido por siglos, especialmente en los sectores campesinos.

Pero el liberalismo no necesariamente significaba la modernidad. Los estudios de José Antonio Aguilar Rivera y Antonio Annino, entre otros, han permitido replantear la naturaleza del liberalismo latinoamericano: lo que señalan es que la base teórica del liberalismo era cercana a una sociedad de Antiguo Régimen, mientras que la modernidad propiamente dicha sería consecuencia de las transformaciones y dinámicas propias de una sociedad industrial de fines de siglo XIX e inicios del XX. Y es que valores asociados a una sociedad de corte *tradicional* y agraria, como el honor, fueron precisamente el eje de la caracterización del ciudadano como la versión liberal del padre de familia que tenía bajo su autoridad a su esposa, sus hijos y criados. Así, el liberalismo que se expandió por América Latina ya está presente en el pensamiento ilustrado. La Constitución de Cádiz fue un elemento de transición que no distorsionó dramáticamente las estructuras sociales y de acceso al poder.

La revolución política iniciada por las Cortes de Cádiz trajo, además, dos figuras inesperadas, impensadas en el Antiguo Régimen: la del caudillo y la del político. Ambas serán las responsables, cada una a su manera, de llevar las riendas del poder, ya sea valiéndose de las estructuras tradicionales de clientelaje o de los principios doctrinales provenientes de Europa, especialmente de aquellos que integraban los intereses políticos con los económicos. Sea como fuere, estos personajes ayudaron a moldear el Estado en medio de la agitación de las guerras civiles, las efímeras bonanzas exportadoras y la búsqueda de un proyecto apropiado para cada país. De igual manera, tuvieron que hacer suyas las nuevas prácticas del juego electoral y establecer una suerte de *libre mercado* —no exento de fraudes, por supuesto— entre la voluntad popular, la puesta en marcha de los principios liberales de soberanía y la legitimidad de las instituciones del Estado.

Acaso el peligro que podría correr un estudio como el que comentamos es el de considerar los términos *tradicional* y *moderno* como

categorías absolutas, excluyentes y susceptibles de ser identificadas con periodos precisos sin considerar las variantes regionales y temporales, además de adjudicarle a ellos juicios de valor. En este sentido, el libro se aleja de cualquier triunfalismo innecesario. En lugar de esto, Demélas advierte sobre la complejidad del área estudiada y los riesgos de cualquier reduccionismo, como el de obviar las variantes regionales y étnicas al momento de acercarnos al impacto de la modernidad. Precisamente, el texto llama la atención sobre la tensión que existió entre un sentimiento pan-americano y uno más cercano a la realidad americana: el de la *patria chica*. Todos estos elementos se encuentran hábilmente enlazados en el libro y brindan al lector una perspectiva integral que otros estudios habían trabajado de manera separada.

En suma, se trata de una propuesta que no ha perdido vigencia y que apuesta por la incorporación del análisis de las estructuras sociales de los actores como requisito indispensable para conocer la conformación del pensamiento y la cultura política de determinada sociedad (reclamo ya implícito en el clásico libro de Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*). Lamentablemente, la aparición de una obra de esta envergadura no suscitó mayores comentarios. Inclusive, la traducción del clásico libro de Timothy Anna el mismo año que el de Demélas no parece haber provocado un debate ni un *ajuste de cuentas* con la interpretación clásica de la independencia peruana, especialmente ahora que el bicentenario de Cádiz está próximo. La década transcurrida entre la publicación original y la traducción de esta obra ha sido testigo de la aparición de nuevos temas y herramientas metodológicas con una rapidez tal que ninguna otra corriente (léase la historia económica, de los marginados, de género) había experimentado en tan corto tiempo.

JOSÉ F. RAGAS

*Pontificia Universidad Católica del Perú*